

SAGVNTVM (P.L.A.V.) 47, 2015: 51 - 72
ISSN: 0210-3729
ISSN online: 2174-517X
DOI: 10.7203/SAGVNTVM.47.5219

AMPARO SÁNCHEZ MORENO, ANA MARÍA NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS,
ANDRÉS MARÍA ADROHER AUROUX

¿SOLAMENTE PLATOS? CERÁMICAS DE BARNIZ ROJO EN EL DEPÓSITO IBÉRICO DEL ZACATÍN (GRANADA)

Se presenta un conjunto homogéneo de platos de barniz rojo indígena con un perfil muy particular y sin paralelos conocidos por el momento. Dicho conjunto formaba parte del depósito ritual hallado en la granadina calle del Zacatín, una fosa junto al río Darro que se rellenó con los resultantes de un festín sagrado, posiblemente en relación con el propio río. En este trabajo planteamos que estos platos fueron fabricados ex profeso para el ritual que tuvo lugar fuera de las murallas de Iliberri, en torno al 370 a.C.

Palabras clave: Iliberri, cerámica de barniz rojo, ritual, depósito sagrado, ibérico.

JUST DISHES? RED GLAZED POTTERY FROM THE IBERIAN DEPOSIT OF ZACATÍN (GRANADA)

We have taken, as a subject of our study, a homogeneous set of red indigenous glazed plates with a very particular profile and without a parallel known for the present time. The above mentioned set was part of the ritual deposit found in Zacatín, a very typical street from Granada. This deposit is a pit close to the River Darro which was filled with the waste of a sacred banquet, possibly related to this same river. In this work we consider the fact that these plates were made ex profeso for the ritual that took place out of Iliberri's walls, around 370 B.C.

Key words: Iliberri, red glazed pottery, sacred deposit, Iberian.

Durante una excavación de urgencia realizada en un solar de la céntrica calle granadina del Zacatín se localizó un depósito de materiales datados en el segundo cuarto del s. IV a.C. (Rambla y Cisneros 2000; Rambla y Salado 2002), entre los que se encontraban cerámicas griegas (tanto de figuras rojas como de barniz negro), cerámicas ibéricas y púnicas, unguentarios de pasta vítrea y diversos objetos como cáscaras de huevo de avestruz con pintura roja, una placa de hueso con decoración orientalizante, fusayolas, un trípode de bronce, etc. (Torre 2008; Rouillard y Torre 2014; Adroher *et al.* 2015).

Desde hace diez años nos hemos enfrentado a la limpieza, ordenación, clasificación, agrupación, remontaje, documentación y estudio del material con el objetivo de

dar a conocer con la mayor precisión posible este conjunto como una totalidad a la comunidad científica.

Se trataba sin duda de un depósito votivo, de carácter ritual pero no funerario, ya que se encuentra muy alejado de las dos necrópolis que, por el momento, son conocidas en relación a Iliberri (concretamente la del Mauror y la de los Cármes de Rolando).

Para eliminar definitivamente su relación con ambientes funerarios consideramos que habría dos premisas que no se cumplirían en el depósito. La primera es de carácter espacial, ya que los yacimientos ibéricos de la zona bastetana establecen una división simbólica entre el hábitat y la necrópolis separándolas ambas por una red fluvial (mayor o menor, río o riachuelo) quizás

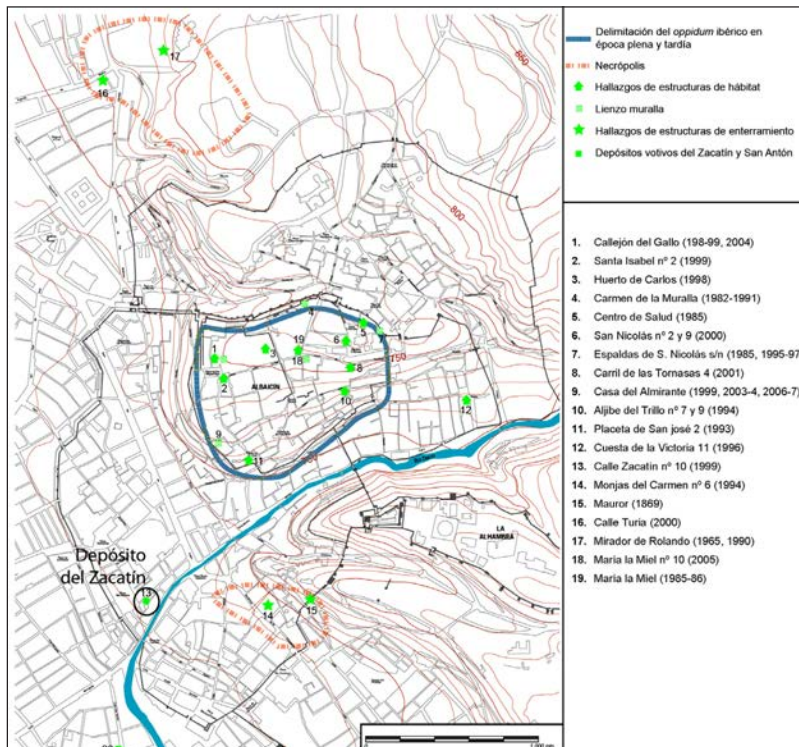


Fig. 1. El oppidum de Iliberri; hallazgos ibéricos y ubicación del depósito de la Calle Zacatín (elaboración propia).

estableciendo un ritual de paso o de purificación del muerto mientras se traslada a la ciudad de los muertos, o por el contrario, la purificación de los miasmas de los difuntos cuando los vivos vuelven al hábitat tras el ritual funerario (Adroher 2008).

La segunda está relacionada con la composición del ajuar vascular del conjunto, ya que entre las piezas no se encuentran urnas ni otros contenedores que hubiesen sido susceptibles de contener las cenizas propias de una acción funeraria ibérica. No obstante, si tenemos en cuenta la composición vascular del mismo, también es cierto que se asemeja a los *silicernia* documentados en la necrópolis ibérica de Los Villares de Hoya Gonzalo (Blázquez 1994), si bien es cierto que en nuestro caso no aparecen estructuras asociadas, lo que podría invalidar una propuesta interpretativa semejante.

El depósito se sitúa extramuro respecto al oppidum ibérico de Iliberri (sobre el yacimiento ibérico véase Adroher *et al.* 2005; Barturen 2008; Adroher 2014) cuyos límites se sitúan unos cuatrocientos metros al NE, siguiendo el río Darro (fig. 1). El hallazgo no aparece asociado a ninguna construcción, de modo que estructuralmente debe tratarse de una simple fosa aislada y excavada en las arenas

de depósito fluvial junto al lecho del río, sin que en los informes arqueológicos consultados se hayan descrito sistemas de preparación de dicha fosa. Parece ser que el material fue arrojado a su interior tras la realización de algún ritual, existiendo dos posibilidades: o las piezas fueron depositadas tras haber sido rotas o bien se tiraron dentro de la fosa con la suficiente violencia como para que se fragmentaran en trozos, incluso más pequeños de lo que suele suceder en otros contextos arqueológicos. Muchas de ellas se encuentran alteradas por el fuego, lo que permite considerar con toda probabilidad que, una vez arrojadas las piezas en su interior, se procedió a quemar la fosa, acción que ha alterado notablemente el grado de conservación del material recuperado en la excavación.

Para terminar, parece que fue finalmente colmatada de tierra y arena, aunque tampoco tenemos la certeza de si se trata de colmatación natural o antrópica (al no conocer la composición y deposición de la seriación estratigráfica), pero no sería extraño que el enterramiento final estuviera en relación con el ritual realizado en ese momento, o bien fuese consecuencia de una actividad de protección mediante el cierre y aislamiento del depósito y su contenido, es decir, una clausura de carácter profíctico.

En este sentido hay que tener en cuenta que en el mundo semita hay constancia de la utilización de arena limpia de playa para cerrar y sellar depósitos de forma ritual; así sucede tanto en ámbitos funerarios como en depósitos rituales. Un buen ejemplo recientemente estudiado es el de los pozos de la necrópolis púnica de Gadir, en los cuales se documentan en algunos casos estratos muy potentes de arena limpia que sella las acciones rituales inferiores, superando el metro de espesor en ocasiones (Niveau de Villedary 2009).

El valor ritual de este conjunto viene determinado por el material, pero, visto todos los elementos anteriores, y siguiendo las premisas de Hill, podemos decir que “No es lo que había sido depositado lo que puede ser usado como criterio para identificar este depósito como ritual, o no. Quisiera sugerir que es cómo fue creado el depósito” (*It is not what was being deposited that can be used as criterion for identifying this deposit as ritual, and that as not. I would suggest it is how the deposit was created*, Hill 1995: 98). Desde este punto de vista es necesario analizar muchos aspectos diversos sobre el registro arqueológico, tanto de carácter antrópico como natural, lo que nos permitiría determinar con mayor precisión el alcance de lo que sucedió y cómo fue interpretado por sus autores (Denti 2013: 19). Este posicionamiento nos obliga a publicar la totalidad de los datos con que contamos, en nuestro caso, exclusivamente sobre el material, ya que sobre la excavación contamos con muy poca información sobre dichos contextos.

Para terminar con la introducción, debemos mencionar que uno de los problemas más importantes con que nos enfrentamos a la hora de analizar dicho depósito consiste en que parte del mismo no pudo ser documentado arqueográficamente, ya que penetraba por el perfil E del solar adyacente al que fue objeto de la intervención arqueológica preventiva, por lo que no conocemos su extensión real, ni ningún otro dato que pudiera haber ofrecido la excavación completa del mismo. Eso nos lleva a explicitar que, en consecuencia, desconocemos las dimensiones originales del depósito y, por tanto, de la representatividad del material recogido respecto al que en su día formó el conjunto.

METODOLOGÍA, MÉTODOS Y TÉCNICAS

Entendemos que la cerámica es un material altamente susceptible de sufrir cambios en relación a su funcionalidad y/o a las injerencias que suponen los influjos culturales

de todo tipo que se puedan desarrollar entre el grupo cultural en el que trabaja el alfarero, sea desde un punto de vista activo, conociendo e interviniendo en otros ámbitos socio-tecnológicamente distintos (desplazamiento y formación en tierras extranjeras), como pasivo, convirtiéndose en receptor de influjos a partir de asunción de modelos cerámicos externos o simplemente por cambios culturales inherentes a los diversos niveles de interacciones y con respuestas que se muestran cada vez más complejas a la vez que interesantes: aculturación, hibridación, imposición, *entanglement*...

De esta forma contiene una serie de claves que, debidamente analizadas, nos aproximan a una gran cantidad de campos del conocimiento de las sociedades pasadas: tecnológico, cultural, sagrado, iconográfico, artístico, ritual... De manera que podemos conocer esas interacciones culturales, las respuestas que se dan (indigenización), las relaciones sociales de poder, los rituales que componen comportamientos sagrados, los gustos estéticos, la tecnología no sólo de la propia producción cerámica, sino el rol que juegan las distintas piezas en las cadenas operativas de otros ámbitos (producción de comida o de bienes de cualquier tipo). En realidad, la cerámica está presente en muchos campos de la vida de estas sociedades, por lo que es comprensible que conserve los códigos de los diversos comportamientos donde ésta ha jugado un papel, por leve que sea.

Pues bien, mientras estudiábamos el conjunto de cerámicas presentes en el depósito de la calle Zacatín de Granada, y específicamente al analizar las producciones ibéricas, nos llamó la atención el importante porcentaje de platos de barniz rojo presentes en este grupo vascular.

Su alta representatividad numérica, sus características morfo-técnicas, la rareza del morfotipo (del que en su momento no pudimos establecer paralelos conocidos) y el contexto en el cual habían aparecido, nos llevó a considerar necesario realizar un estudio más concreto sobre este material para dar a conocer el cúmulo de especificidades que se concentraban en un solo tipo cerámico vascular, ya que se trata de un tipo extraordinariamente complejo y poco frecuente (en realidad pensamos que se trata de un *hapax*) en los contextos ibéricos del SE peninsular y Alta Andalucía. Todo ello con el objetivo de contrastar hasta qué punto nos encontramos con una producción específica temporal, espacial y, presumiblemente, funcional, y por tanto, adscrita a rituales concretos.

En relación a la cuantificación de los vasos hemos de establecer una serie de premisas. Para empezar, al situarse el hallazgo junto al curso del río Darro, la acción del

Calle Zacatin		Granada		ZAC		TIPOLOGÍA CERÁMICA																	
nuevo registro	informes	otros archivos		menú																			
UE	volumen	categoria	clase	forma	tipo	PC	B	AS	F	D	AM	OT	NFR	NMI	NTI	E.B.	E.F.	EVE	peso	den	observaciones	fig	
201	0.23	preromana fina	barniz rojo indígena	plato	BRJ p134	1							1	1		35	30	0,33	109	4,74	orificio ante coctem en borde	lam. 1	
202	0.23	preromana fina	barniz rojo indígena	plato	BRJ p134	1							1	1		10	35	0,23	79	3,43		lam. 1	
202	0.23	preromana fina	barniz rojo indígena	plato	BRJ p134					1								34	0,17	167	7,26	quemado al exterior	lam. 1
204	0.23	preromana fina	barniz rojo indígena	plato	BRJ p134	1							1	1		45	100	0,73	274	11,91	orificios ante coctem; quemado al exterior	lam. 1	
205	0.23	preromana fina	barniz rojo indígena	plato	BRJ p134	1							1	1		70	100	0,85	253	11,00	restos de elementos ferrico adherido	lam. 1	
206	0.23	preromana fina	barniz rojo indígena	plato	BRJ p134	1							1	1		40	100	0,70	211	9,17	muy alterado; orificio ante coctem	ND	
207	0.23	preromana fina	barniz rojo indígena	plato	BRJ p134		1						1	1		30		0,15	60	2,61		lam. 1	
208	0.23	preromana fina	barniz rojo indígena	plato	BRJ p134					1			1					100	0,50	58	2,52		lam. 1
209	0.23	preromana fina	barniz rojo indígena	plato	BRJ p134	1							1	1		30		0,15	42	1,83	orificio ante coctem	lam. 1	

Fig. 2. Pantalla de clasificación de tipos cerámicos en S.I.R.A. incluyendo los sistemas de cuantificación actualmente vigentes en los estudios arqueológicos (elaboración propia).

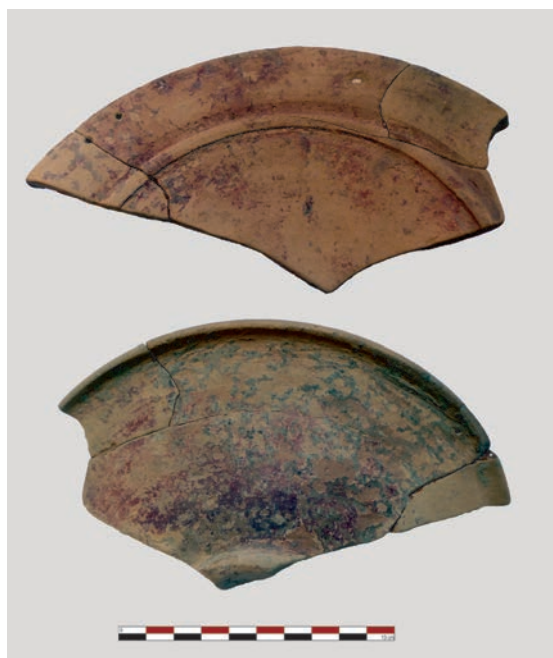


Fig. 3. Plato ZAC 228, ejemplo de buen estado del barniz a pesar de las alteraciones térmicas (fotografía: autores).

agua ha afectado notablemente al estado de conservación del material en general, ya que los fragmentos, una vez rotos y quemados, han sido perturbados por una microerosión hídrica laminar de origen fluvial y de posición lateral respecto al cauce principal del río; la pérdida de materia sólida ha provocado el redondeamiento de los extremos (fracturados u originales) de los diversos fragmentos, lo que a su vez, determina que muchos de ellos no puedan ser asociados a una pieza u otra. Uno de los mayores problemas que ha causado esta situación ha sido la dificultad en el proceso de cuantificación de los objetos,

y, especialmente, de las cerámicas, ya que, por la propia naturaleza del depósito, se podría haber calculado la totalidad real de las piezas conservadas, mientras que, para resolver dicho problema, hemos debido recurrir a otros formatos de cuantificación como el peso, el NMI (Número Mínimo de Individuos) o incluso el EVE (Equivalencia de Vasos Estimados), sin que ninguno de ellos haya resultado totalmente satisfactorio (Adroher *et al.* e. p.).

En este trabajo procederemos a señalar todas las características formales de estos platos, analizar ciertos componentes de su perfil que no presentan una funcionalidad evidente al nivel de conocimiento que manejamos, establecer los parámetros morfométricos para valorar el nivel de homogeneidad de la producción y, finalmente, calcular valores estadísticos sobre su comportamiento en el conjunto.

La documentación se ha desarrollado sobre soporte SIRA, acrónimo de Sistema Informatizado de Registro Arqueológico (Adroher 2014), lo que ha permitido establecer sistemas de cuantificación rápidos y limpios, que se adecúan a los estándares generalmente más admitidos sobre cuantificación en ceramología arqueológica protohistórica y clásica; de esta forma se ha cuantificado por número de fragmentos, peso, bordes, fondos, amorfos, número mínimo de individuos (NMI), estimación de representatividad de bordes, estimación de representatividad de fondos y EVE (fig. 2).

Aunque la densidad de la presencia (*ratio* entre peso de una serie cerámica y el volumen de la unidad estratigráfica de donde se ha extraído) se presenta como un valor calculado en la base de datos, no lo hemos tenido en cuenta en este caso, pues no podemos en puridad calcular exactamente el volumen excavado del depósito, al menos hasta que no contemos con la totalidad de la documentación arqueográfica existente, y que tenga la información que se necesita para calcular esta variable, la cual, dadas

Fig. 4. Relaciones numéricas y porcentuales de los platos con respecto a la cerámica ibérica y al conjunto vascular del depósito.

ZACATÍN	pl34	ibérico	pl34/ibérico	Total depósito	pl34/total
bordes	259	347	74,64	1936	13,38
galbos	147	1031	14,26	2075	7,08
fondos	39	80	48,75	423	9,22
peso	2.969	11.136,50	26,66	39.643	7,49
esti. bordes	17,7	24,01	73,72	113,13	15,65
esti. fondos	12,6	22,83	55,19	109,94	11,46
EVE	15,15	23,42	64,69	111,53	13,58

las circunstancias, sería interesante conocer; no obstante, en los casos en que aparezca (en formato tablas, por ejemplo) diremos que por el momento le hemos calculado un valor aproximado de 0,24 metros cúbicos, insistimos a la espera de ulteriores informaciones que precisen mejor el valor exacto de esta variable.

Desde el punto de vista de la nomenclatura, el nombre que aplicamos al plato proviene de la estructura tipológica desarrollada por el SIRA dentro de las bibliotecas de ayuda que se han desarrollado en el campo de la ceramología antigua (Adroher 2014); cualquier clase cerámica se representa a partir de un código al que se le incluye el tipo normalizado, salvo que no exista una tipología al uso, en cuyo caso se desarrolla una clasificación propia de carácter jerárquico.

Por este motivo nos hemos planteado desarrollar una tipología específica para esta serie, dentro del ámbito territorial del SE peninsular, considerándola una producción indígena. El código asignado a este tipo (BRI pl34) incluye el acrónimo de la clase BRI (Barniz Rojo Indígena) al que se añade una codificación tipológica que incluye la forma (pl, de plato) y dos dígitos, el primero indicando la serie (3: platos de borde vuelto) y el segundo el tipo (4: el cuarto tipo de la serie 3).

Para terminar con el proceso analítico, buscaremos paralelos de los principales aspectos morfotécnicos de estas piezas, tanto en ámbito indígena como exógeno, e igualmente, tanto en el ámbito de las producciones vasculares en cerámica como en las de carácter toréutico.

CUANTIFICACIÓN DE LOS PLATOS DE BARNIZ ROJO

Un primer contacto con estos platos a partir de un simple análisis visual nos permite considerarlo como una producción propiamente indígena. La arcilla es amarillenta, blanda, de fractura irregular, con desgrasantes propios de niveles terciarios (esquistos y cuarcitas). El barniz

es rojizo vinoso (fig. 3), del tipo del que se conocen en los productos de barniz rojo característicos del SE peninsular, suficientemente estudiados por diversos autores, que, si bien tiene un origen fenopúnico, son retomados por las comunidades indígenas en fechas ulteriores. Otro argumento a favor del carácter propiamente ibérico de la producción, es que no conocemos en contextos semíticos de las costas meridionales de Andalucía Oriental ejemplares que tipológicamente se acerquen a estas piezas.

De hecho, al intentar establecer un estudio tipológico y tratar de proponer las cronologías y lugares donde estos platos se habían detectado con anterioridad dentro de ámbitos propiamente ibéricos, nos sorprendió notablemente la total ausencia de paralelos contextualizados que compartieran un mínimo conjunto de elementos tecno-tipomorfo-métricos, que permitieran considerar el origen, evolución y repartición espacial y funcional de dichos platos.

Como vemos en la figura 4, en el depósito del Zacatín se han documentado 53 lotes correspondientes a este tipo de platos, repartidos en 259 bordes que representan el 74,64 % de los bordes de la cerámica ibérica, aunque disminuye notablemente si lo relacionamos con la totalidad de los vasos documentados en el depósito (13,38 %); lo mismo sucede con los fondos, 39 que representan el 48,75 % de los fondos entre los vasos ibéricos y solamente el 9,22 % del total de los vasos del depósito.

La representatividad de la variable peso no ofrece mucha visibilidad a esta serie cerámica, ya que con 2.969 gramos, suponen el 26,66 % del peso de la totalidad del material ibérico, apenas una cuarta parte (fig. 5), reduciéndose dicha representatividad aún más (7,49 %) si la relacionamos con el peso de la totalidad de la cerámica recogida en el depósito. Este fenómeno es consecuencia del hecho de que muchos amorfos que no se han podido adscribir a ninguna forma presumiblemente puedan pertenecer a estos platos.

Por este motivo, consideramos que el peso no es una variable útil en la comparación entre tipos, pues no refleja correctamente la representatividad de una clase o de un

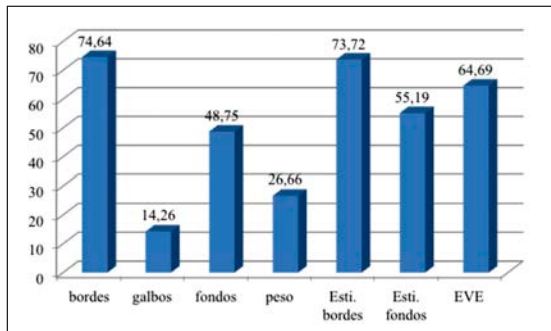


Fig. 5. Porcentajes de BRIpl34 en relación a las cerámicas ibéricas.

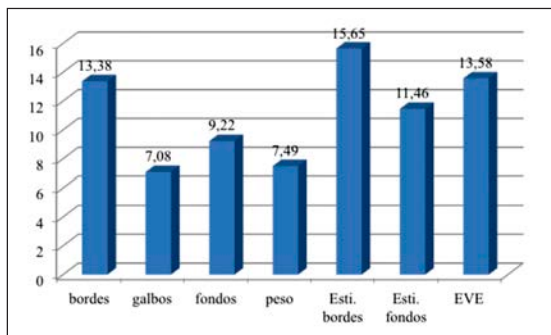


Fig. 6. Porcentajes de BRIpl34 en relación al total de cerámicas del depósito.

tipo dentro de una categoría (cerámica fina, común o ánfora). Algo parecido sucede con los galbos o amorfos, por lo que estas dos variables quedan fuera de análisis ya que ambos valores arrojan resultados muy bajos, como consecuencia del sistema de cuantificación utilizado y, sobre todo, por la importancia numérica de la variable del grupo de elementos no clasificados.

Quizás mejor representatividad ofrece el EVE, calculado a partir de la suma de estimación de bordes y de fondos y dividido entre 2, de modo que contaríamos con unos 16 platos (15,15 según la estimación exacta) y que representa el 64,69 % del total de los vasos ibéricos (fig. 5) y el 13,58 % del total de los vasos hallados en el depósito (fig. 6). Este valor es más interesante porque une la cantidad de elementos diagnósticos de un tipo a la propia representatividad de cada uno de esos elementos; no es igual que tengamos diez bordes muy fragmentados, que se trate de diez bordes de platos completos; obviamente nos encontramos con valores interpretativos de presencia de calidad muy diferente (fig. 7).

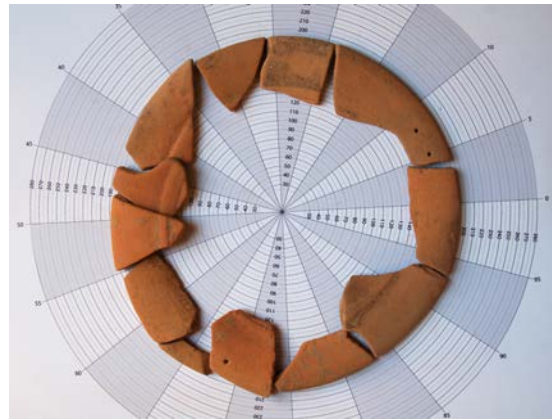


Fig. 7. Imagen del lote ZAC-353 en su cuantificación para EVE (fotografía: autores).

Del resto de las variables consideramos que el número de bordes y el de fondos presentan ambas el mismo problema entre sí, ya que no tienen en cuenta las dimensiones del vaso; parece bastante lógico considerar que una boca de un ánfora, por su diámetro (normalmente en torno a los 12 cm) y por su compacidad (suelen ser estructuralmente muy gruesas) tenderá a fracturarse en menos fragmentos que los platos que aquí presentamos, pues tiene un mayor diámetro y además son más débiles estructuralmente soportando peor los impactos de cualquier tipo; en consecuencia, su índice de fracturación será superior. Esto afecta al número de bordes y de fondos; de modo que para valorarlos adecuadamente debe ponderarse la variable de cantidad de fragmento conservado, de donde nace el EVE, como vimos anteriormente (Orton 1993).

Puestos a ensayar sistemas que nos permitan acercarnos a la cantidad de piezas con las que contamos, hay una característica interesante que puede ayudarnos a obtener datos fiables en este sentido. La mayor parte de los platos completos cuentan con dos perforaciones realizadas *ante coctem* junto al borde (*vs infra*), y, por lo que hemos podido constatar, en principio solamente hay dos por individuo. Por tanto, podemos hacer una estimación del número de vasos a partir de la cuantificación del número de agujeros. En total contamos con 20, y otros 15 que presentan solamente la mitad de uno (al romperse justo por ese punto), lo que, dividido por dos obtenemos 7,5 orificios completos más; si sumamos a la cifra anterior obtenemos un total de 27,5 perforaciones completas. Al tener dos por cada plato la mitad de ese valor nos dará una estimación de 13,25 lo cual redondeado hacia arriba,

nos arroja la cantidad de 14 platos. Recordemos que el EVE nos daba un total de 15,15, y redondeando, finalmente obteníamos 16, cifra muy similar a la que alcanzamos con la cuantificación de los orificios

Visto todo lo anterior insistimos que dentro de la vajilla de origen indígena, estas piezas son notablemente mayoritarias.

IDENTIFICACIÓN MORFOTÉCNICA

Este tipo de plato no se corresponde formalmente con ningún otro ni en el SE peninsular ni en la Alta Andalucía, al menos a simple vista, si bien encontramos elementos formales similares en diversas piezas, como los platos II de Fernández Rodríguez (2012: 273-277) o las pateras/platos de los tipos A y B de Cuadrado (1953: figs. 9-10), por lo que se podría buscar esa forma como la inspiración inicial sobre la cual pudieran haberse desarrollado ulteriores innovaciones morfológicas.

El plato BRI pl34 presenta un borde saliente, ligeramente pendiente, ensanchado en su remate final, dando la sensación de un ligero engrosamiento apuntado hacia la parte inferior o plano de reposo; el extremo del borde puede aparecer con un rehundimiento o concavidad que daría la sensación de borde bífido, parecido al de algunos platos de borde vuelto de barniz rojo fenicio. El perfil interno es continuo, cadente hacia el centro, donde resalta en el fondo interno un pequeño abombamiento del mismo, formulando un perfil inverso al desarrollo de la pared, convexo, a modo de umbo, aunque no tan marcado como en el caso de una *phiale* (fig. 8). A media altura de la pared interna presenta un saliente en forma de toro, o media caña, muy irregular en su formulación, pues el grosor se resuelve de una forma heterogénea y que parece añadido con posterioridad a la terminación del modelado del perfil (fig. 9). El fondo está excavado sobre una galleta, elevándose por encima del nivel de base del galbo al exterior del fondo externo y siguiendo el mismo perfil del fondo interno. El pie es recto al exterior y curvo al interior; el plano de reposo es plano, sin uña, aunque estrecho.

La forma de terminación del fondo, especialmente hacia el interior de la pieza, puede recordar el umbo de una *phiale*, pieza que en el mundo ibérico se conoce perfectamente en metal, particularmente en plata, donde el ónfalo queda muy desarrollado, en todo caso mucho más que en los pl34 que aquí presentamos. No obstante, estos platos/cuencos con ónfalo tan marcado no son desconocidos



Fig. 8. Fondo umbilicado del plato ZAC-208 (fotografía: autores).



Fig. 9. Plato ZAC-204; obsérvese el resalte interno y los orificios *ante coctem* (fotografía: autores).

en las producciones cerámicas ibéricas, sobre todo en la zona levantina y catalana, por ejemplo, en la clase gris de la costa catalana, concretamente la denominada forma COT-CAT Cp8 (Castanyer *et al.* 1993: 394) y también existe en común ibérica (COM-IB Cp7, Castanyer *et al.* 1993a: 353). Se trata, sin embargo, de un tipo poco común, que cronológicamente está presente en contextos de los ss. IV-III a.C. (Adroher *et al.* 2002: 293), y a nuestro juicio de clara inspiración toréutica.



Fig. 10. Resultado de afectación por estrés térmico en el ejemplar ZAC-206 (fotografía: autores).

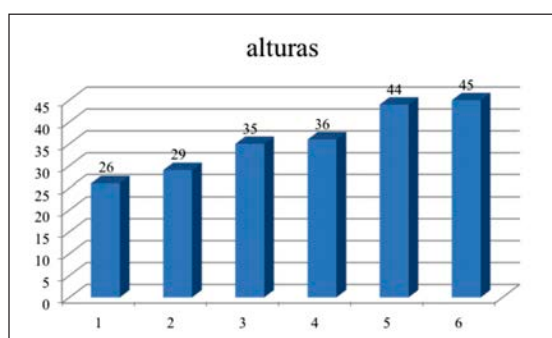


Fig. 11. Dispersión de las alturas por platos.

Volviendo sobre las características de nuestros platos, como ya se comentó más arriba, es frecuente que presente dos agujeros previos a la cocción junto al borde, presuntamente destinados a la suspensión del plato lo que podría relacionarse con tres factores al menos, para su almacenaje, vinculado a una función decorativa parietal o, finalmente, para el transporte. Sobre ello volveremos más tarde.

En cuanto al tratamiento superficial, presenta un engobe que cubre la totalidad de la superficie, tanto la pared exterior como la interior, lo que nos refuerza la homogeneidad de la muestra desde el punto de vista del momento de producción y, en consecuencia, de su funcionalidad. Aunque el índice de erosión es muy elevado, incluso en los fragmentos amorfos donde está presente el resalte en la cara interna de la pared, por sus propias características

formales ha permitido que con mucha frecuencia conservase parte del barniz que cubriría la superficie, salvo en los casos en los que ha sufrido un estrés térmico muy elevado (fig. 10).

Por tanto está claro que este tipo se adscribe al Barniz Rojo Indígena, una clase cerámica muy estudiada aunque aún hoy en día no hay homogeneidad ni siquiera en el nombre de dicho tratamiento (dependiendo de los autores se usa aún pintura, engobe o barniz). En todo caso se trata de una producción indígena prerromana, sobre la cual se ha trabajado bastante, y se han desarrollado muchas propuestas tipológicas, casi todas ellas de carácter regional (Cuadrado 1953; Blánquez 1985; Rufete 1989; Marcos 1991; Castiella 1991; Pascual 1998), o referidos a espacios más amplios pero asumiendo igualmente a productos locales o regionales (Cuadrado 1961; Junyent 1975; Iniesta y García Cano 1983; Mancebo 1996; Fernández Rodríguez 2012). La mayor parte de los autores reconocen un origen fenicio de estas cerámicas de barniz rojo, del que sin duda toman algunas características formales y sobre todo las de carácter tecnológico, como el tratamiento de la superficie (Negueruela 1979-1980; Schubart 2002-2003; Kbirí Alaoui 2007). Finalmente existen producciones de carácter helenístico, también de engobe rojo, que tienen una comercialización que supera la regionalidad, pero que junto a modelos propiamente helénicos hunden sus raíces igualmente en inspiraciones de origen semita (Niveau de Villedary 2003).

Desde un punto de vista puramente morfométrico, las medidas arrojan unas medias ya expresadas con anterioridad: unos 3,5 cm de altura, 19,5 de diámetro de borde y 6,5 de fondo.

Por es posible profundizar un poco más en estas medias ponderadas. En realidad no podemos tener en cuenta los 11 lotes de cerámica que hemos agrupado por bordes sin comprobar si pertenecían o no al mismo vaso; simplemente completando un EVE del 100 % en cada lote con los fragmentos de bordes que no hemos podido agrupar en ningún otro lote. Por tanto, estos bordes no pueden ser analizados desde un punto de vista estadístico porque hemos establecido el valor de diámetro de borde de 19,5 cm independientemente de las dimensiones específicas de cada fragmento (fig. 7).

Si nos centramos en los casos en que tales medidas han podido tomarse obtenemos los siguientes resultados; sobre 9 valores de altura obtenemos una media de 3,44 cm con desviación típica es 6,98; para el diámetro de borde 19,43 cm de 33 muestras y con desviación típica de 5,27; finalmente, para el diámetro de fondo sobre 23

muestras obtenemos una media de 6,34 cm con una desviación típica de 4,76. Desde este punto de vista podemos decir que los valores de las medias son relativamente válidos y homogéneos.

Como vemos en la figura 11, en la variable altura no hay ningún valor semejante a otro, pues distribuimos entre los 2,6 cm para el plato más bajo hasta los 4,5 para el más profundo, y, al tener una muestra muy reducida, no parece que podamos establecer modelos apropiados hasta que no contemos con más datos.

El gráfico de repartición de los diámetros de los bordes sí es central y unimodal (fig. 12) lo que permite establecer que efectivamente los valores en torno a los 19-19,5 cm son altamente representativos; es muy presumible que este valor sea el que realmente mide el parámetro modular más propio de la producción.

En la figura 13 observamos el reparto de los diámetros de fondos, en un gráfico bimodal, con dos valores mejor representados, uno en torno a los 5,8 cm y el otro en torno a los 6,4 cm. Es interesante comprobar que esta estructura bimodal no se ha producido en ninguno de los dos gráficos anteriores, por lo que debemos, muy probablemente, descartar la existencia de dos formatos claramente diferentes en el conjunto de esta producción. Queda el ejemplar de los 7,8 cm de anchura de fondo, pero al tratarse de un ejemplar único puede haber sido simplemente una consecuencia de la propia naturaleza artesanal de la producción.

En definitiva parece que queda claro que se trata de una producción extraordinariamente homogénea desde el punto de vista morfométrico.

PARALELOS CERÁMICOS

La cerámica de barniz rojo está muy extendida en la península Ibérica. El tratamiento a las cerámicas de esta coloración se da desde el Neolítico (cerámica a la almagra), y aunque parece perderse durante un par de milenios, se vuelve a utilizar con cierta frecuencia durante el Bronce Final (Dorado 2012).

Pero es sin duda la presencia fenicia a partir de finales del s. IX a.C. lo que provoca una cierta generalización en el uso de una técnica, que incluye aplicaciones previas a la cocción (a diferencia de lo sucedido en épocas anteriores) donde la materia-pigmento se une a un aglutinante (aceite o huevo) que dé mejor compacidad al tratamiento, con una mayor adherencia a la superficie del vaso donde éste se aplica.

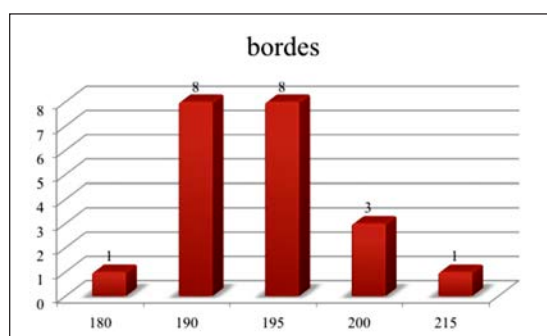


Fig. 12. Dispersión de los diámetros de borde.

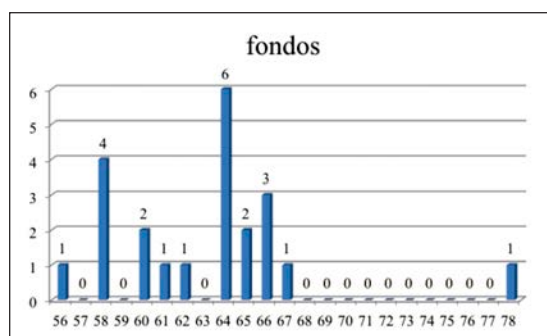


Fig. 13. Dispersión del diámetro de fondos.

Como hemos comentado en repetidas ocasiones a lo largo del texto, no hemos encontrado aún ningún paralelo techno-tipológico que adecúe sus características al tipo que aquí presentamos. Nos volcaremos en buscar diversos aspectos concretos del desarrollo del perfil del BRI pl34 para intentar aproximarnos a su génesis, cronología y funcionalidad.

Entre la cerámica de barniz rojo del SE existe un plato que no está muy lejos del que aquí presentamos, especialmente conocido en ámbitos funerarios; se trata de un plato de engobe rojo de borde vuelto, con perfil suave, y un fondo plano marcando un ligero ónfalo (fig. 14). Está presente por ejemplo en varias tumbas de Coimbra de Barranco Ancho (Murcia), como las número 2, 30, 46, 73, 74, 115, 116, 150, y 151, datadas casi todas ellas en la primera mitad del s. IV a.C. (García Cano *et al.* 2008).

Esas piezas no existen en Galera (Granada), aunque procedentes de la tumba 20 hay dos platos de borde vuelto que bien pudieran guardar una profunda relación con el mundo semita, a pesar de que no presentan ningún tipo de engobe pero sí un tratamiento ocre en la superficie



Fig. 14. Plato de barniz rojo de Molata de Casa Vieja (Puebla de Don Fadrique, Granada) (fotografía: autores) y 2. Ejemplar de la tumba 30 de la necrópolis de Coimbra de Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) (elaboración propia a partir de García Cano *et al.* 2008: fig. 102).

(Pereira *et al.* 2004: 94 y fig. 27). La cronología correspondería a segunda mitad del s. V a.C. por la presencia de una copa Cástulo. Esta ausencia debe ser tomada más como un problema de la muestra analizada que como una realidad, ya que por un lado, y como veremos más abajo, sí está presente en la necrópolis de Baza, y, hacia el N, se halla igualmente, aunque fuera de contexto, en los yacimientos ibéricos de la zona de Puebla de Don Fadrique, como Molata de Casa Vieja y Cerro de la Cruz de Bugéjar (Adroher *et al.* 2004: fig. 44.4 y 44.5).

Como decíamos volvemos a encontrar este material en la necrópolis ibérica de Cerro del Santuario de Baza (Granada), así en las tumbas 5, 19, 26, 34 y 43, aunque entre ellas existan unas variables de pie de galleta, pero que igualmente se elevan al parecer recordando un ónfalo, como en las tumbas 16 y 46 (Presedo 1981).

Este tipo está igualmente presente en la parte meridional de la Meseta, como se detecta en un recipiente trabajado que aún el material de este área en una sola publicación especializada en la cerámica de barniz rojo (Fernández Rodríguez 2012). La autora desarrolla otra

tipología, en la que los platos de borde vuelto y ónfalo entrarían en varios tipos del grupo II, concretamente documentados en Alarcos (tipos II.2.1.C., II.3.2.C.1 y II.3.2.D.2), Alhambra (tipo II.2.2.D.2), Llano de la Consolación (tipos II.4.1.C.1 y II.4.1.D.1), Sisapo (tipo II.4.1.C.2.) y Cerro de las Cabezas (tipos II.4.1.D.2., II.4.1.E. y II.4.2.D).

Estas piezas se suelen datar entre los ss. IV y III a.C., lo que en principio podría ir bien con nuestros ejemplares. De todas formas es cierto que estos dos siglos son los que centran el momento más importante de la mayor parte de las producciones de barniz rojo indígenas conocidas en la península Ibérica, al margen del fenómeno de imitación de platos fenicios de momentos muy anteriores.

En cuanto a las producciones de origen exógeno hay que considerar que la cerámica de barniz negro es una de las cerámicas más extendidas en el Mediterráneo en los cuatro últimos siglos del primer milenio a.C. Y es en estos grupos donde podríamos recoger algunas referencias o similitudes respecto a este tipo tan específico, pero que rememoran la forma solamente de manera muy residual, por la presencia tan sólo de algunos elementos. No cabe duda que podría recordarnos a un plato de pescado por el borde algo pendiente y por el resalte interno que aísla una especie de pozo central, aunque queda claro que no con el formato tradicional de las producciones helénicas ni helenísticas.

Por lo tanto, no merece la pena alargarse acerca de la convergencia tipológica entre los platos de pescado de origen ático y las evoluciones púnicas desde los platos de borde vuelto de engobe rojo que, a partir del s. IV a.C. han aislado claramente un pocito central en todo semejante a las formas griegas, pero con un borde menos pendiente. No obstante, no pensamos que pueda haber una relación directa ni convergencia con los platos de pescado, independientemente de su procedencia u origen.

Sin embargo, en la ingente obra de Morel (1981) encontramos algunas piezas que parecen tener elementos formales que recuerdan a nuestra forma, como es el caso de F1116a1, de Palermo, una producción local o regional datada en torno al 300 a.C.; también F1274a1, procedente de la necrópolis etrusca de Malignano, y datado en la primera mitad del s. II a.C.

Sin embargo, hay una serie que comparte no solo ese listel sino un borde engrosado, la F1648, que se trata de una producción etrusca de la segunda mitad del s. III a.C. No obstante, no parece que en realidad exista ninguna relación filial con los PI34.

Entre las producciones áticas de barniz negro no hay nada más que añadir, puesto que ninguna de las formas abiertas presenta nada parecido a un resalte interno; al margen de las *phiale* AT-BN 518-526, por su característico umbo interno, la otra pieza que podría recordar algún elemento tecnológico son algunos resaltes pero muy alejados de lo que aquí presentamos; es el caso de algunos platos *rilled rim* AT-BN 1022-1045, entre cuyos ejemplares vemos variaciones en los perfiles internos de los platos (Sparkes y Talcott 1970), pero estas piezas nunca llegaron a la península Ibérica.

Siendo el barniz negro pues una de las expresiones cerámicas vasculares más extensamente conocidas en el Mediterráneo nos queda pensar que, o bien no hay relación alguna entre esta familia y los platos de Zacatín, o que el alfarero que los fabricó pudo haber asumido reflejos externos solamente viajando a los lugares donde dichas producciones habrían existido.

ELEMENTOS TIPOLÓGICOS DE CARÁCTER TORÉUTICO

Algunos de los aspectos morfológicos del plato PI34 nos permiten considerar ciertas concomitancias relacionadas con algunas producciones metálicas, como el resalte interno, que recuerda a ciertos elementos esqueudomorfos como es el caso del gollete central de algunos jarros en cerámica presentes en necrópolis como la de Puente de Noy en Almuñécar (fig. 15), caso de la tumba 7 de la zona B (Molina Fajardo *et al.* 1982: fig. 21.1), posiblemente del s. V a.C. y que se inspira claramente en los prototipos metálicos fenicios (y orientalizantes), donde dicho resalte tenía la función de reforzar la unión de las dos partes del cuerpo fundidas por separado y que son notablemente más antiguos (como muy próximos del s. VI a.C.) (Jiménez Ávila 2002: 70).

No se pueden utilizar todos los modelos toréuticos para intentar reflejar estos comportamientos formales. Normalmente los conocidos como braserillos ibéricos poco o nada tienen que ver, entre otras cosas debidos a su perfil, continuo y sin complejidades en los perfiles (Gil 2008). La cuestión es intentar documentar qué antecedentes tipológicos peninsulares pueden hablarnos de algo parecido.

Quizás podríamos remontarnos al ejemplar de Berzocana (Armada 2006-2007). Formalmente se trata de un cuenco, puesto que no tiene asas (Almagro Gorbea 1977),



Fig. 15. Jarro de boca trilobulada de la necrópolis de Puente de Noy (Almuñécar, Granada) (fotografía: Andrés María Adroher).

destacando el leve rehundimiento interno a modo de umbo. Resulta interesante destacar la doble perforación que aparece junto al borde, aunque Almagro cree que es para la sujeción del asa (*ibid.* 243); otros autores, sin embargo, consideran que son de lañado (Mederos 1996). Cronológicamente el ejemplar de Peña Negra es bastante más reciente, pero nos recuerda algunos aspectos (fig. 16: 1), aunque no presenta los resaltes internos (Botto y Vives-Ferrándiz 2006; Vives-Ferrándiz 2006-2007). Este ejemplar está posiblemente relacionado con los centros de consumo de productos de origen etrusco. Así tenemos un magnífico conjunto en la tumba principesca de Hochdorf (Krauss 1996), aunque no presentan ni el ónfalo, ni los resaltes internos que buscamos como probables antecedentes de los platos del Zacatín, en algunos casos sí aparece la doble perforación en el borde.

Entre los productos más tardíos, ya bien metidos a finales del s. V o principios del s. IV a.C., traemos a colación un ejemplar localizado en una tumba principesca y doble de El Cigarralejo en Murcia, concretamente la 277

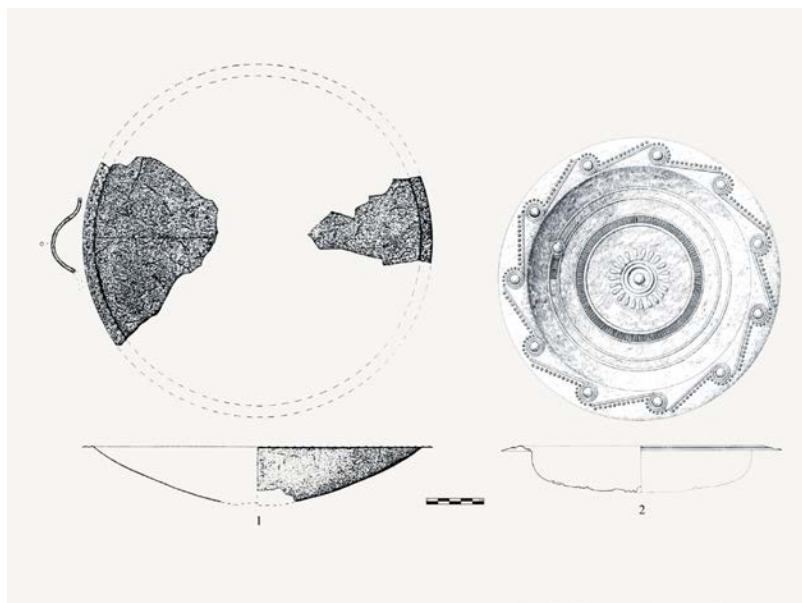


Fig. 16. Fuente de borde perlado de Peña Negra (Alicante) y 2. Fuente de bronce de la tumba 277 de El Cigarralejo (Mula, Murcia) (elaboración propia a partir de Lucas 1991: fig. 2 y Cuadrado 1987: fig. 208).

(Cuadrado 1987: fig. 208). Se trata de un plato repujado con umbo central y cuatro resaltes en la pared interna (fig. 16: 2). El borde particularmente perlado, nos evoca las piezas de origen etruscas ya mencionadas que también llegan a la península Ibérica (Lucas Pellicer 1991; Vives-Ferrándiz 2006-2007).

Con algún que otro problema de cronología no podemos ignorar los platos de plata del tipo III de Abengibre (Olmos y Perea 1994: 390-392) aunque ningún autor ha analizado las más que evidentes concomitancias de esta forma, de borde saliente, carenada aunque sin ónfalo, con los barnices rojos detectados por Cuadrado y analizados en este trabajo, con los que además comparten cronología.

Aunque algo más tardío que el conjunto del Zacatín, es imposible dejar de lado las páteras de Tivissa; se trata de la última etapa en el uso de estos vasos metálicos en contextos indígenas, relacionados una vez más con rituales de libaciones, en este caso, con umbos muy desarrollado, pues se tratarían de verdaderas *phiale*.

¿Cuál es la función de estos contenedores metálicos? La casi obsesiva asociación jarra-cuenca nos habla de una fuerte relación con los ámbitos lustrales, de libación o de *simposia* (Jiménez Ávila 2002: 134) y muy probablemente asociadas al uso del agua con función lustral (Jiménez Ávila 2014). En nuestro caso no existe esa asociación, pero, a semejanza de Abengibre, podrían ser ofrendas que, semánticamente, están sustituyendo

objetos valiosos, valor que se transmite a la copia quizás por no poder disponer de los originales en un momento dado por falta de tesorización. De esta forma podríamos entrar en la propuesta de Jiménez Ávila de que a lo largo de los ss. VI y, sobre todo V y IV a.C. asistimos a una mercantilización creciente donde juegan un interesante papel tradiciones fenicias, griegas y etruscas de fabricaciones en serie que precipitan las emulaciones de los originales incluso en producciones no metálicas (Botto y Vives-Ferrándiz 2006: 135; Jiménez Ávila 2006-2007:309). Es obvio además que las piezas metálicas podrían perdurar durante generaciones, lo que implica que se mantengan elementos esqueudomorfos que luego se proyectan sobre otras naturalezas, como la cerámica (Jaeggi 1999).

CRONOLOGÍA

No existe ningún tipo de problema respecto a la cronología del contexto donde aparecen nuestros platos, sobre la que se ha discutido con anterioridad en otros trabajos (Adroher *et al.* en prensa); el segundo cuarto del s. IV a.C. se asocia a la existencia residual de piezas áticas como copas Cástulo, a la decoración de bandas de estrías decorativas que caracterizan a la mayor parte de los platos del depósito, a la presencia de *kylikes* de figuras rojas de la serie pintor de Viena 116, los *skyphoi* de la serie Fat

Fig. 17. Platos de Abengibre (Albace-
te), 1. n° 38206 (elaboración propia a
partir de Olmos y Perea 1994: fig. 4); y
2. n° 380208 (Museo Arqueológico
Nacional. Fotógrafo: Gonzalo Cases
Ortega. N.I 38208).



Boy, ¿ánforas púnico hispánicas? y jarritos púnico centro-mediterráneos, por no entrar en mayor discusión. No obstante es posible que se pueda precisar que el depósito, sin duda realizado en un solo momento, debió tener lugar en los momentos iniciales de ese segundo cuarto, por lo que una cifra en torno al 370 a.C. nos parecería bastante correcta.

No obstante y puesto que existen otros elementos claramente más antiguos en el conjunto (copas de barniz negro tipo C, figuras rojas estilo San Valentín, copas Cástulo, *skyphoi* de perfiles simples...), existiría la posibilidad de que parte de las piezas hubieran sufrido un fuerte proceso de amortización. En principio los platos BRI Pl34 podrían haber estado sometidos igualmente a estos procesos. Sin embargo, hay que reconocer que todas las piezas antiguas aparecen en cantidades efectivamente residuales, cual no es el caso de nuestros platos, lo que nos invitaría a considerarlos como contemporáneos a la formación del depósito, siendo, en consecuencia muy corto su período de amortización.

Esta cronología quedaría además asegurada por otros aspectos como la mencionada expansión de los platos de barniz rojo indígena que en la mitad S peninsular parece centrarse entre los ss. IV y III a.C.

Por su parte las inspiraciones toréuticas también apuntan en la misma dirección. La fuente de la tumba 277 de El Cigarralejo se data entre 425 y 375 a.C., mientras que el tipo III de las fuentes de Abengibre (fig. 17) son algo más tardíos, perdurando hasta el s. III a.C. (Olmos y Perea 2004: 66), aunque visto el perfil de este tipo queda clara la relación morfológica con los tipos de barniz rojo que hemos analizado en este texto a colación de

nuestros platos (fig. 14), los platos de borde vuelto y umbo central, algunos de cuyos ejemplares también tienen pie como en Abengibre, y cuya cronología parecen compartir por completo.

Así pues todo sigue apuntando hacia un momento único de producción de la serie BRI pl34 en el Zacatín de Granada en el segundo cuarto del s. IV a.C.

CONCLUSIONES

Más bien poco podemos establecer respecto a la funcionalidad primaria de estos platos, aunque posiblemente desempeñaron una función sagrada dado el contexto de su uso en el conjunto del Zacatín. Si aceptamos lo anterior, es decir una fabricación *ex profeso*, estamos aceptando también que la función primaria de la forma en cuestión está relacionada con un ritual sagrado concreto, de carácter cultural.

Desestimamos de esta forma la opción de otras interpretaciones que suelen producir fenómenos arqueográficos a veces similares, como son los vertederos; en éstos el material suele aparecer mucho más fragmentado e incompleto según se desprende de casos como el del Cerro de la Mesa de Alcolea del Tajo (Chapa *et al.* 2013), mientras que se asume que los depósitos rituales presentan conjuntos más completos, como sucede en el Amarejo (Broncano 1989).

El primer problema a resolver sería intentar contextualizar la función de estos platos. Hay que tener en cuenta que existen casos en los que se detecta la fabricación

de ciertos tipos de materiales, específicamente para actos rituales concretos, pudiendo incluso no existir fuera de tales contextos (Denti 2013: 20). Pensamos que en nuestro caso, dada la homogeneidad tecnológica demostrada anteriormente en la producción de los platos BRI P134, nos encontramos ante un caso que entraría dentro de esta fenomenología.

Y es que, siguiendo otra vez a Denti "...los vasos no eran simplemente vasos, sino objetos realizados y pensados para contribuir a la construcción de un sistema ideológico y social de una comunidad, a través específicamente de sus implicaciones en la esfera ritual (*En ce sens, les vases n'étaient pas tout simplement des vases, mais des objets réalisés et pensés pour contribuer à la construction du système idéologique et social d'une communauté, à travers notamment leur implication dans la sphère du rituel*, Denti 2013: 18-19).

Para determinar cómo se articula la relación entre el objeto y el sistema ideológico es necesario saber el papel exacto que juega dentro del ritual: ofrenda, elemento votivo o herramienta ceremonial (Denti 2013: 18).

El primer caso implica portar un objeto, propiedad del orante, que es ofrecido a la divinidad y se relaciona con un acto de agradecimiento; el objeto ha podido pasar del ámbito doméstico (o cualquier otro) al ámbito de lo sagrado, y no es su propia naturaleza quien le da ese carácter.

En el segundo caso se invierte el concepto de propiedad, pues el objeto es en sí sagrado desde el momento de su fabricación/creación, forma parte de la divinidad en cuanto a su propia naturaleza; el oferente simplemente es un portante de dicho objeto, el cual, eso sí, debe entrar en el ámbito de la divinidad mediante un ritual muy concreto, casi siempre organizado.

El tercer caso el objeto se convierte en una simple herramienta, no es el centro del ritual, sino un mero mecanismo para que éste pueda desarrollarse según los cánones establecidos. Normalmente ese objeto, al entrar a formar parte del ámbito sagrado, no puede volver a ser utilizado en ningún otro, por lo que pasa a ser amortizado inmediatamente después de finalizado el ritual; en ningún caso es realmente una propiedad divina, aunque se ha imbuido de sacralidad y su uso fuera de dicho contexto supondría quebrantar las normas establecidas.

Nuestros platos de barniz rojo aparecen acompañados en el Zacatín por otras formas de la misma clase cerámica, pero su representatividad es notablemente

inferior. Es el caso de platos de borde vuelto y pie de anillo (BRI pl31), de los que tenemos 14 fragmentos de borde (EVE inferior a 1, concretamente 0,7). También tenemos algunos fondos que podrían relacionarse con copitas de imitación de *kylikes* áticas, y algún plato más de borde engrosado y caído al exterior, pero en todos los casos se trata de una presencia realmente muy residual desde el punto de vista estadístico.

Desde el punto de vista de las categorías cerámicas, esta clase entraría tradicionalmente dentro del campo de vajilla fina, por lo que se le supone unos usos que entrarían dentro del campo de cerámicas de ritual. De todas formas esto no siempre debe ser admitido sin analizar en profundidad y en cada caso, pues en el ámbito bastetano la cerámica que compone el ajuar de los santuarios al aire libre está compuesto en su totalidad por cerámica común (Adroher y Caballero 2012), clase que estaría fuera de la categoría de las cerámicas finas. Esto demuestra que es el contexto el que finalmente determina la funcionalidad y el uso específico de las piezas (al menos el último de ellos).

La mayor parte de los estudios realizados con este grupo cerámico en la Meseta nos indican que hay una clara relación entre la cerámica de engobe rojo y su uso ritual (funerario o no); en concreto existe el ejemplo de Alarcos, yacimiento en el cual se documenta un santuario en el sector IV donde estos vasos son mayoritarios, disminuyendo su presencia en los ámbitos urbanos propiamente dichos como el sector IV-E, conocido como el barrio ibérico (Fernández Rodríguez 2012: 355), aunque no se precisa la cronología. No resulta casual en este conjunto que la forma mejor representada porcentualmente sea el tipo II (*ibidem*: fig. 59). Eso mismo sucede en sitios contemporáneos como el Cerro de las Cabezas, donde también el tipo II (junto con el tipo I) es el más frecuente de la serie (*ibidem*: 190), aunque en este caso tenemos una cronología que no pasa del s. III a.C., momento en que parece abandonarse el poblado. Hay que tener en cuenta que en este último yacimiento se ha intervenido tanto en ámbitos suntuarios como en unidades domésticas. Otro caso distinto es el de La Alhambra (Ciudad Real) puesto que proceden de ámbito funerario, aunque los traemos a colación más por el contexto sagrado que por la cronología, ya que su datación es notablemente más baja que la de Zacatín, situándose en contextos de romanización, ss. II-I a.C. (Fernández Rodríguez 2012: 184).

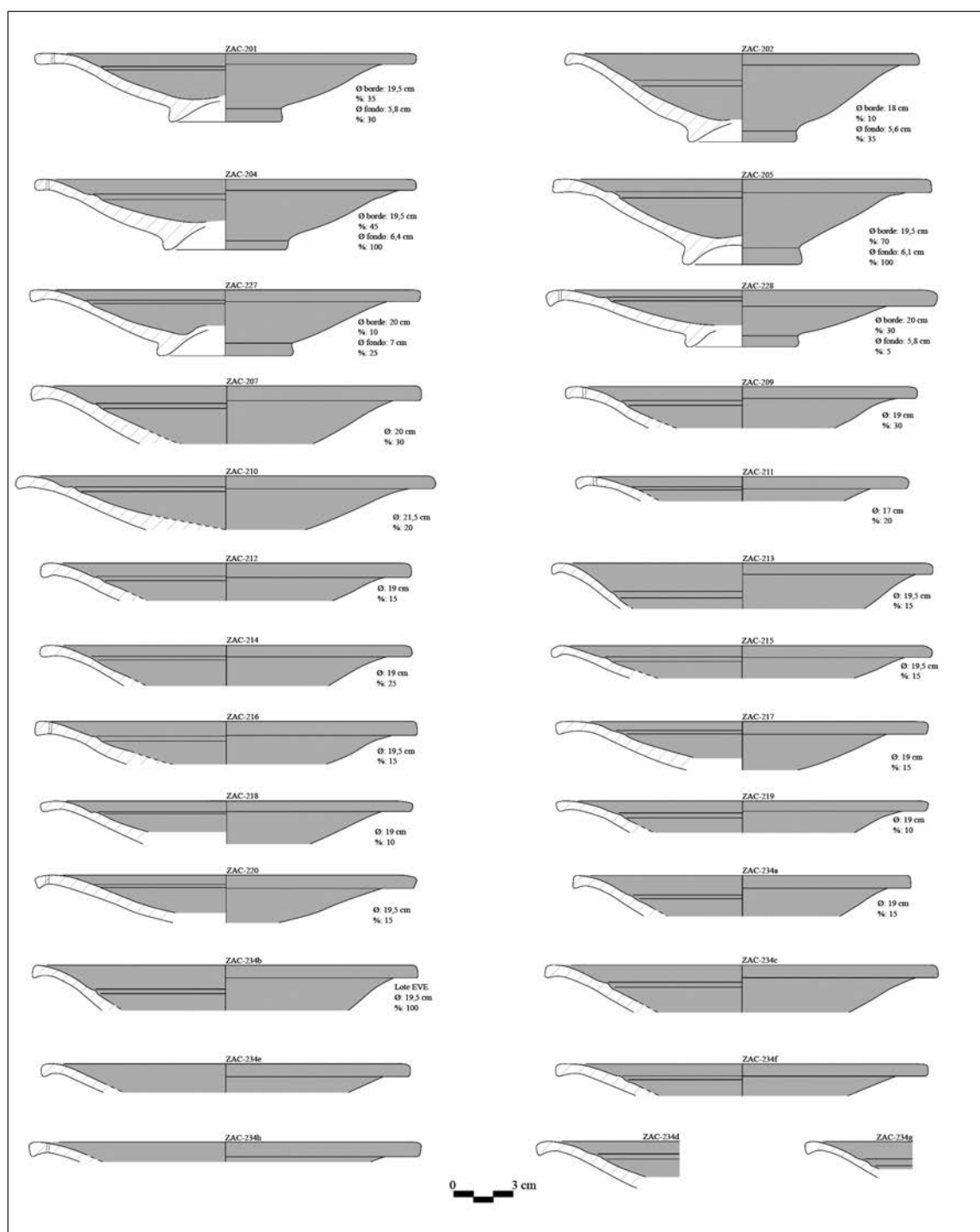


Fig. 18. Lámina de platos de Zacatín (elaboración propia): 201 (1), 202 (2), 204 (3), 205 (4), 207 (7), 209 (8), 210 (9), 211 (10), 212 (11), 213 (12), 214 (13), 215 (14), 216 (15), 217 (16), 218 (17), 219 (18), 220 (19), 227 (5), 228 (6), 234a (20), 234b (21), 234c (22), 234d (26), 234e (23), 234f (24), 234g (27).

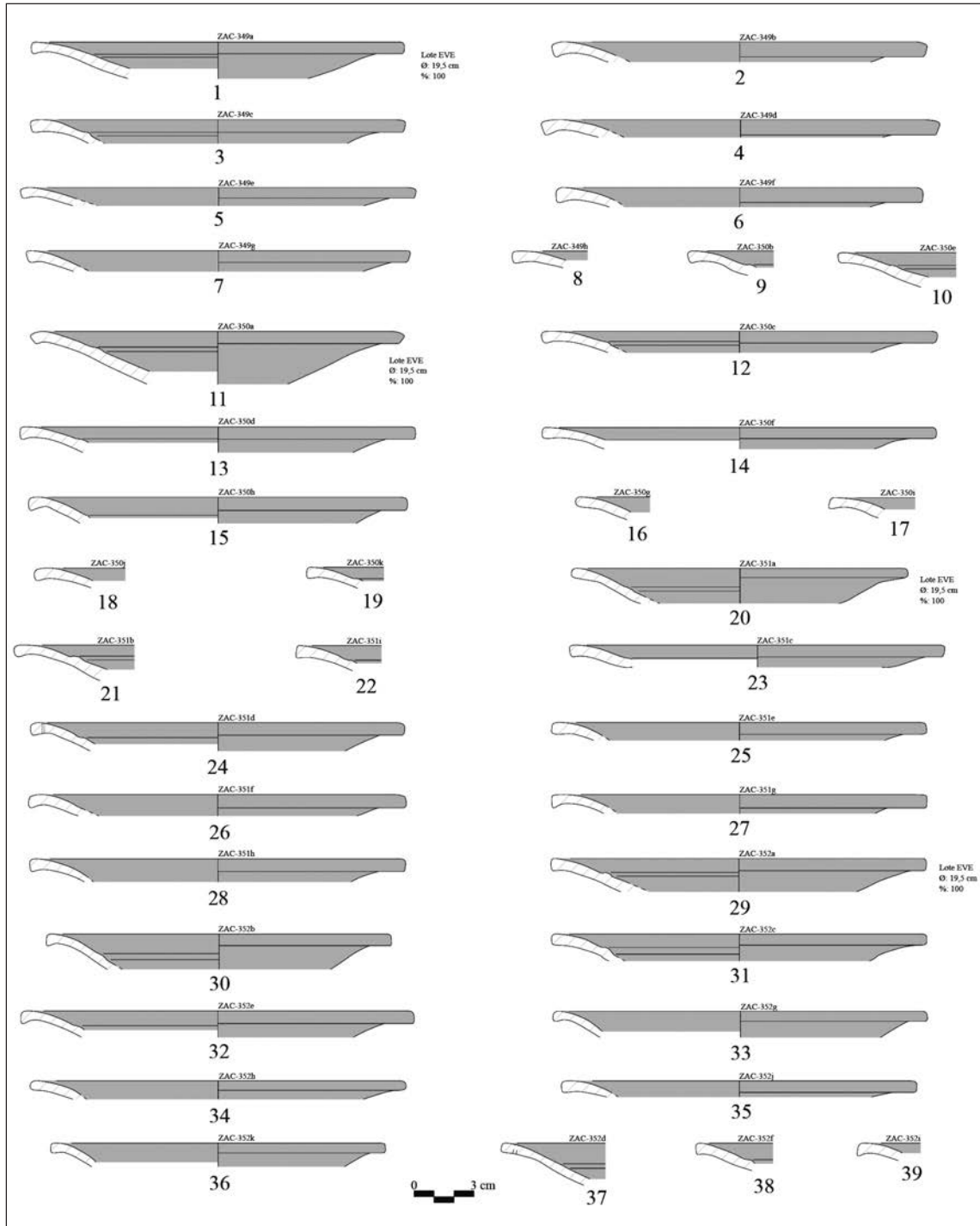


Fig. 19. Lámina de platos de Zacatín (elaboración propia): 349a (1), 349b (2), 349c (3), 349d (4), 349e (5), 349f (6), 349g (7), 349h (8), 350a (11), 350b (9), 350c (10), 350d (13), 350e (10), 350f (14), 350g (16), 350h (15), 350i (17), 350j (18), 350k (19), 351a (20), 351b (21), 351c (23), 351d (24), 351e (25), 351f (26), 351g (27), 351h (28), 351i (22), 352a (29), 352b (30), 352c (31), 352d (37), 352e (32), 352f (38), 352g (33), 352h (34), 352i (39), 352j (35), 352k (36).

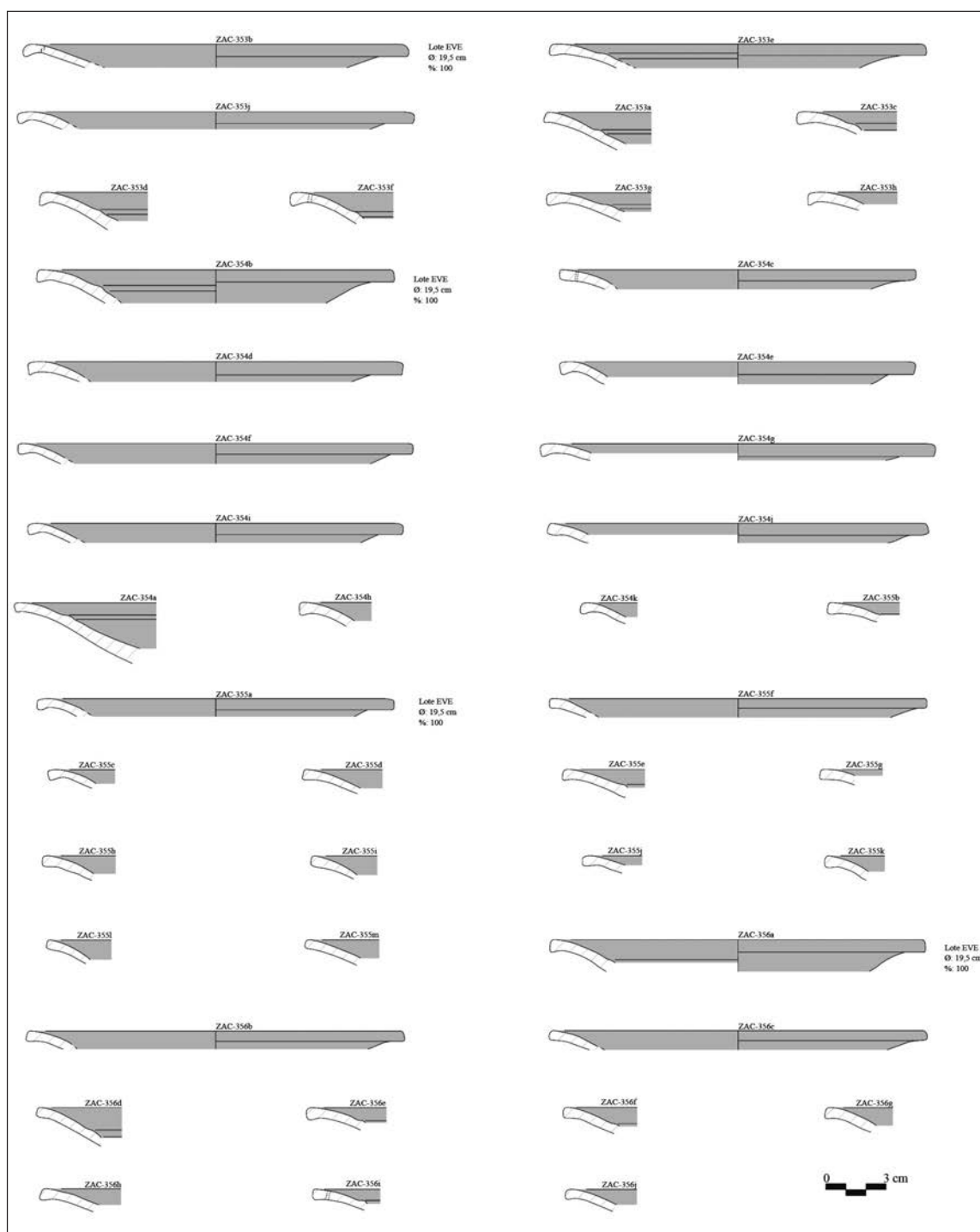


Fig. 20. Lámina de platos de Zacatín (elaboración propia): 353a (4), 353b (1), 353c (5), 353d (6), 353e (2), 353f (7), 353g (8), 353h (9), 354a (18), 354b (10), 354c (11), 354d (12), 354e (13), 354f (14), 354g (15), 354h (19), 354i (16), 354j (17), 354k (20), 355a (22), 355b (21), 355c (24), 355d (25), 355e (26), 355f (23), 355g (27), 355h (28), 355i (29), 355j (30), 355k (31), 355l (32), 355m (33), 356a (34), 356b (35), 356c (36), 356d (37), 356e (38), 356f (39), 356g (40), 356h (41), 356i (42), 356j (43).

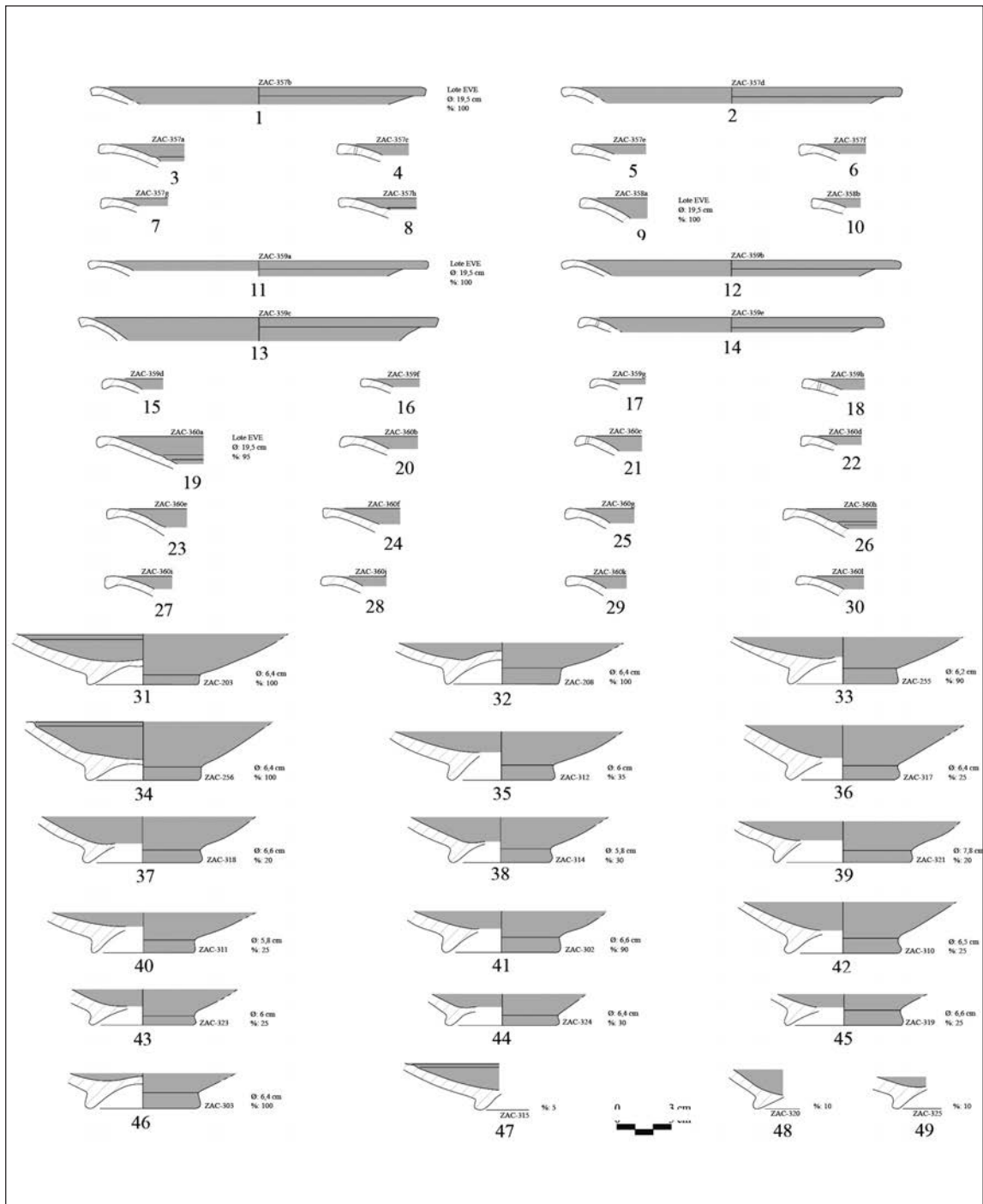


Fig. 21. Lámina de platos de Zacatín (elaboración propia): 203 (31), 208 (32), 255 (33), 256 (34), 302 (41), 303 (46), 310 (42), 311 (40), 312 (35), 314 (38), 315 (47), 317 (36), 318 (37), 319 (45), 320 (48), 321 (39), 323 (43), 324 (44), 325 (49), 357a (3), 357b (1), 357c (4), 357d (2), 357e (5), 357f (6), 357g (7), 357h (8), 358a (9), 358b (10), 359a (11), 359b (12), 359c (13), 359d (15), 359e (14), 359f (16), 359g (17), 359h (18), 360a (19), 360b (20), 360c (21), 360d (22), 360e (23), 360f (24), 360g (25), 360h (26), 360i (27), 360j (28), 360k (29), 360l (30).

No parece que pueda establecerse tampoco ninguna relación con los braserillos ibéricos, aunque no hay ninguna duda de la función sagrada que estos mismos deberían cumplir, en un ritual funerario (son muy frecuentes en estos contextos entre los ss. V y III a.C.) y muy probablemente más allá, cuando aparecen asociados a los jarros, algunos de ellos de tipo rodio, si bien la explicación más admitida es que el binomio jarro/brasero tuviese en origen una funcionalidad esencialmente purificatoria en ámbitos rituales y, sobre todo, funerarios de cariz aristocrático (Jiménez Ávila 2002: 137-138), incluso con connotaciones regias (Jiménez Ávila 2014: 532). Si bien, a partir de los ss. VI y V a.C., al servicio lustral habitual se yuxtaponen otros elementos que están indicando la introducción de vajillas metálicas en relación con el consumo de vino (Jiménez Ávila 2006-2007: 305; Botto y Vives-Ferrándiz 2006). El mismo problema se nos plantea respecto a la posibilidad de hacer considerar los platos BRI Pl34 como *phialeae*, debido a la presencia del umbo central. Éstas no suelen aparecer en contextos funerarios, pero sí que son consideradas frecuentemente a modo de ofrenda, como puede verse en las representaciones iconográficas de los exvotos ibéricos en bronce. Pero, una vez más, la ausencia de jarros para servir inhabilita esta propuesta.

Los orificios presentes junto al borde tampoco permiten conclusiones respecto a la funcionalidad. Si fueran elementos de suspensión deberíamos considerar que se trata de piezas diseñadas para contextos domésticos que han pasado ulteriormente al ámbito de este ritual, por lo que deberíamos encontrar piezas semejantes en contextos urbanos o funerarios y no es el caso. Además nos obligaría a considerar que existe un tiempo mayor entre el momento de la producción y el momento de la amortización de la pieza cuando ésta entra a formar parte del depósito, lo que no parece ser el caso, como hemos comprobado más arriba. Por tanto hay que buscar otras posibles interpretaciones.

En algunas ocasiones las formas planas han podido ser utilizadas como tapaderas. En el mundo funerario ibérico tenemos numerosos ejemplos. Pero también fuera de este ámbito cultural, como en la pieza umbilicada que cubre la gran cratera metálica de la Tumba de Vix. En este sentido quizás podríamos elucubrar que los orificios de los platos podrían ser un mecanismo para facilitar la extracción de la tapadera, mediante cuerdas. O simplemente la reminiscencia de los ejemplares metálicos, ya que en este caso los orificios sirven para insertar las asas,

aunque la de Vix tiene dos asas, no una (Rolley 2003: pl. 4, 6, 102 y 103). No obstante insistimos que esto forma parte más del ámbito de la elucubración que de una hipótesis propiamente dicha.

Una última opción es que estas perforaciones podrían haber sido consecuencia de un sistema de transporte, pues podrían haberse trasladado desde el centro de producción (o el de almacenaje de las mismas) al entorno donde tuvo lugar el ritual, con cierta rapidez, por lo que se trata de un transporte masivo y puntual.

Aunque no tengan una relación directa con las perforaciones, pero existe una propuesta que se planteó en un momento determinado y que luego dejamos de lado. Estos platos podrían haber servido de tapadera de las *kylikes* áticas de figuras rojas, pues hay una coincidencia de las dimensiones del borde de las mismas con el de la circunferencia formada por el resalte interno de nuestros platos (en ambos casos es de 14 cm). Sin embargo no hay una correlación evidente entre la presencia de ambas formas, ya que solamente por estimación de bordes, las figuras rojas están diez veces mejor representadas que los platos de barniz rojo.

Para recapitular, tenemos pocos puntos de partida que podamos definir claramente.

No existen paralelos exactos a estos platos en contextos ibéricos próximos; a su vez son muy homogéneos morfo-tecnológicamente y aparecen todos asociados al mismo contexto, que es monofásico.

No sabemos el papel que jugaron dichos platos en el ritual con exactitud; no fueron contenedores de líquidos (su perfil no lo permitiría), sino posiblemente servicios de elementos más sólidos, pero es imposible saber nada a este respecto. Sin embargo, no habría que eliminar del todo la posibilidad de que los propios platos sean, en sí mismos, parte de la ofrenda, y debamos dejar de verlos como elementos de apoyo al consumo de algún alimento.

Tampoco podemos asegurar que se trate de un servicio específico para ciertos rituales concretos, ya que, como hemos insistido, no tenemos paralelos ni siquiera en el entorno de Iliberri, puesto que ni al interior del *oppidum* (donde debieron convivir urbanísticamente diversos contextos funcionales, entre ellos algunos de carácter sacro) ni en los contextos funerarios conocidos extramuro (que también son muy escasos y con muchos sesgos en la información) aparecen piezas semejantes.

Tanto el porcentaje que representan estos platos en el depósito, como el número absoluto, no dejan duda de que la presencia de esta forma no es casual y que debió formar

parte esencial en el ritual, lo que unido a lo homogéneo de la muestra, contribuye a dar fuerza a la hipótesis de que se trata de una forma concebida y fabricada *ex profeso* para este ritual (u otros hipotéticos parecidos, pero en un radio de acción cronológico, geográfico y contextual muy similar y muy limitado) (en este sentido Niveau de Villedary 2011).

Concretando sobre el conjunto vascular del depósito, la escasez de paralelos, el tratarse de casi la única cerámica indígena barnizada del conjunto, y la entidad porcentual que representa en el mismo, nos hace sospechar que estos platos responden a ciertos comportamientos que se salen del uso común de los vasos cerámicos... ¿es posible pues que se trate de vasos sagrados en sentido estricto, más allá del simple contexto donde fueron hallados? En este caso no sería el contexto el que convierte arqueográficamente un material en sagrado (como pudiera suceder con los cuencos lucerna en los santuarios ibéricos) sino a la inversa...es el valor de estos platos lo que convierte a su contexto en sagrado.

AMPARO SÁNCHEZ MORENO
Universidad de Granada
amperia21@yahoo.es

ANA M. NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS
Dpto. de Historia, Geografía y Filosofía
Universidad de Cádiz
anamaria.niveau@uca.es

ANDRÉS M. ADROHER AUROUX
Dpto. de Prehistoria y Arqueología
Universidad de Granada
aadroher@ugr.es

BIBLIOGRAFÍA

- ADROHER, A. M. (ed.) (2008): *Bastetania ibérica. Viaje arqueológico por las altiplanicies granadinas*, Granada.
- ADROHER, A.M. (2014): Propuesta de gestión de cerámica en contextos arqueológicos: el Sistema Informatizado de Registro Arqueológico (S.I.R.A.), *As produções cerâmicas de imitação na Hispania* (R. Morais, A. Fernández, M. L. Sousa, eds.), Porto, 611-620.
- ADROHER, A. M. (2014): Granada antes de Granada. Origen, desarrollo y romanización en el oppidum ibérico de Iliberri, *Cuadernos de los amigos de los Museos de Osuna* 16, 74-80.
- ADROHER, A. M.; CABALLERO, A. (2012): Santuarios y necrópolis fuera de las murallas: el espacio periurbano de los oppida bastetanos, *El paisatge periurbà a la Mediterrània occidental durant la protohistòria i l'antiguitat* (M. C. Bellarte, R. Plana, eds.), Documenta 26, 231-244.
- ADROHER, A. M.; FERNÁNDEZ, M. J.; GARCÍA, J. M.; LÓPEZ, A.; PONS, E. (2002): L'estudi ceràmic, *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà). Un complex arqueològic d'època ibèrica (Excavacions 1990-1998)* (E. Pons, dir.), Sèrie Monogràfica del Museu d'Arqueologia de Catalunya 21, 213-332.
- ADROHER, A. M.; LÓPEZ, A.; CABALLERO, A.; BRAO, F. J.; SALVADOR, J. A.; SÁNCHEZ, A. (2004): Protohistoria, *El territorio de las altiplanicies granadinas entre la Prehistoria y la Edad Media. Arqueología en Puebla de Don Fadrique (1995-2002)* (A. M. Adroher, A. López, eds.), Sevilla, 95-134.
- ADROHER, A. M. ; SÁNCHEZ MORENO, A.; CABALLERO, A. (2005): El oppidum ibérico de Ilturir-Iliberri, *Los vidrios griegos en Granada* (C. Vílchez, I. de la Torre, A. M. Adroher., coords.), Granada, 75-86.
- ADROHER, A. M.; SÁNCHEZ MORENO, A.; TORRE, I. DE LA (2015): Cuantificación en cerámica, ¿Ejercicio especulativo o ejercicio hipotético? Las cerámicas ibéricas y púnicas en la Iliberri (Albaicín, Granada) del siglo IV a.C. en contextos votivos, *AEA* 88.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana 14, Madrid
- ARMADA, X. L. (2006-2007): Vasos de bronce de momentos precoloniales en la Península Ibérica: algunas reflexiones, *RAP* 16-17, 270-324.
- BARTUREN, F. J. (2008): Iliberri, *Ier Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana, Baza, 2008* (A. M. Adroher, J. Blánquez, eds.), Serie Varia 9, 267-285.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. J. (1985): Un nuevo material cerámico de engobe rojo, *VI Congreso Internacional de Arqueología Submarina (Cartagena 1982)*, Cartagena, 463-474.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. J. (1994): El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la Meseta. Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad, *Huelva Arqueológica* 13, 1, 319-354.
- BOTTO, M.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2006): Importazioni etrusche tra la Baleari e la Penisola Iberica (VIII-primà metà del V sec. A.C.), *XIII Convegno Internazionali di Studi sulla Storia e l'Archeologia dell'Etruria* (G. Della Fina, ed.), Annali della Fondazione per il Museo 'Claudio Faina', Gli etruschi e il Mediterraneo. Commerci e politica, vol. XIII, Quasar, 117-196.
- BRONCANO, S. (1989): El depósito votivo ibérico de El Amarejo. Bonete (Albacete), *EAE*, 156.
- CASTANYER, P.; SANMARTÍ, E.; TREMOLEDA, J. (1993): Céramique grise de la côte catalane, *DICOCER* (M. Py, dir.), *Lattara* 6, 391-399.
- CASTANYER, P.; SANMARTÍ, E.; TREMOLEDA, J. (1993a): Céramique commune ibérique, *DICOCER* (M. Py, dir.), *Lattara* 6, 351-356.

- CASTIELLA, A. (1991): Cerámica pintada y con engobe rojo de Sansol (Muru-Astrain, Navarra), *XX CNA (Santander 1989)*, Zaragoza, 393-398.
- CHAPA, T.; PEREIRA, J.; CABRERA, A.; CHARRO, C.; MORNEO-GARCÍA, M.; RUIZ ALONSO, M.; PÉREZ DÍAZ, S.; LÓPEZ SÁEZ, J.A.; ARAUJO, R. (2013): Una fosa vertedero de época vettona en el Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo), *TP 70* (1), 140-165.
DOI: <http://dx.doi.org/10.3989/tp.2013.120106>
- CUADRADO, E. (1953): Materiales ibéricos: cerámica roja de procedencia incierta, *Zephyrus* 4, 265-309.
- CUADRADO, E. (1961): El momento actual de las cerámicas de barniz rojo, *VI CNA (Oviedo 1959)* Zaragoza, 177-197.
- CUADRADO, E. (1987): *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*, Madrid.
- DENTI, M. (2013): Pour une Archeologie de l'absence. Observations sur l'analyse intellectuelle et matérielle de la céramique en contexte rituel, *La céramique dans les contextes rituels. Fouiller et comprendre les gestes des anciens* (M. Denti, M. Tuffreau-Libre, dirs.), PUR, 13-23.
- DORADO, A. (2012): El bronce final del SE peninsular: un análisis tecnológico de vasijas pertenecientes al corte 23 del Cerro de los Infantes (Pinos-Puente, Granada), *@rqueología y territorio* 9, 95-116.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. (2012): *La alfarería en época ibérica: cerámica de barniz rojo en la Meseta Sur*, Puertollano.
- GARCÍA CANO, J.M.; PAGE, V.; GALLARDO, J.; RAMOS, F.; HERNÁNDEZ CARRIÓN, E.; GIL, F. (2008): *El mundo funerario ibérico en el altiplano Jumilla-Yecla (Murcia). La necrópolis de El Poblado de Coimbra de Barranco Ancho. Investigaciones de 1995-2004. II. Las incineraciones y los ajueres funerarios*, Murcia.
- GIL, S. (2008): Recipientes de bronce en contextos ibéricos, provincia de Granada, *Ier Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana (Baza, 2008)* (A. M. Adroher, J. Blánquez, eds.), vol. 2, Varia 9, 95-106.
- HILL, J. D. (1995): *Ritual and Rubbish in the Iron Age of Wessex: A study on the formation of a specific archaeological record*, BAR, British Series 242, Oxford.
- INIESTA, A.; GARCÍA CANO, J.M. (1983): Aproximación a la cerámica de barniz rojo Ibero-Tartésica en la Región de Murcia, *XVI CNA (Murcia-Cartagena 1982)*, Zaragoza, 561-572.
- JAEGGI, O. (1999): *Der Hellenismus auf der Iberischen Halbinsel: Studien zur iberischen Kunst und Kultur: das Beispiel eines Rezeptionsvorgangs*, Iberia Archaeologica 1.
- JAEGGI, O. (2004): Vajillas de plata iberohelenísticas, *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)* (R. Olmos, P. Rouillard, coords.), Collection de la Casa de Velázquez 89, 63-76.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2006-2007): La vajilla de bronce en la edad del hierro del Mediterráneo occidental: procesos económicos e ideológicos, *RAP* 16-17, 300-309.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2014): Los bronce rituales de la tumba 30, *La necrópolis de época tartésica de La Angorrilla (Alcalá del Río, Sevilla)* (Á. Fernández Flores, A. Rodríguez Azogue, M. Casado Ariza, E. Prados Fernández, coords.), Sevilla, 509-534.
- JUNYENT, E. (1975): Contexto y significado histórico de la cerámica de barniz rojo ilergeta en la iberización del Norte del Ebro, *XIII CNA (Huelva 1973)*, Zaragoza, 715-722.
- KBIRI ALAOU, M. (2007): La cerámica de engobe rojo. Contribución al estudio de las producciones tardías, *Revisando Kuass (Assilah, Marruecos). Taller cerámico y enclave fenicio, púnico y mauritano* (M. Kbir Alaoui), SAGVNTVM- extra 7, 101-106.
- KRAUSSE, D. (1996): *Hochdorf III. Das Trink- und Speiseservice aus dem späthallstattzeitlichen Fürstengrab von Eberdingen-Hochdorf (Kr. Ludwigsburg)*, Stuttgart.
- LUCAS, R. (1991): Bandeja etrusca de borde perlado hallada en el poblado de La Peña Negra (Crevillente, Alicante), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica (Barcelona, 1990)* (J. Remesal, O. Musso, coords.), Barcelona, 337-368.
- MANCEBO, J. (1996): La cerámica de barniz o engobe rojo de la Cuenca Baja del Guadalquivir, *Tabona* 9, 353-378.
- MARCOS, G. J. (1991): Producciones de barniz rojo procedentes de Coca (Segovia), *BSEAA* 57, 87-91.
- MEDEROS, A. (1996): La conexión levantino-chipriota. Indicios de comercio atlántico con el Mediterráneo oriental durante el Bronce Final (1150-950 AC), *TP* 53, 2, 95-115.
- MOLINA, E.; RUIZ FERNÁNDEZ, A.; HUERTAS, C. (1982): *Almuñécar en la antigüedad. La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy*, Granada.
- MOREL, J.-P. (1981): *Céramique campanienne. Les formes*, Roma.
- NEGUERUELA, I. (1979-1980): Sobre la cerámica de engobe rojo en España, *Habis* 10-11, 335-360.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A. M. (2003): *Las cerámicas gaditanas "tipo Kuass": bases para el análisis de la Bahía de Cádiz en época púnica*, Madrid.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A. M. (2009): *Ofrendas, banquetes y libaciones. El ritual funerario en la necrópolis púnica de Cádiz*, Spal Monografías 12, Sevilla.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A. M. (2011): Vajilla y elementos rituales al servicio del culto funerario, *Homenaje al profesor Antonio Caro Bellido* (J. Abellán, V. Castañeda, M. Lazarich, eds.), Vol. 1, 2011 (Prehistoria y Protohistoria de Andalucía y Levante), Cádiz, 243-288.
- OLMOS, R.; PEREA, A. (1994): Los platos de Abengibre. Una aproximación, Íberos y griegos: lecturas desde la diversidad, *Huelva Arqueológica* 13 (1), 377-395.
- OLMOS, R.; PEREA, A. (2004): La «vajilla» de plata de Abengibre, *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)* (R. Olmos, P. Rouillard, coords.), Collection de la Casa de Velázquez 89, 63-76.

- ORTON, C. (1993): How many pots make five?, *Archaeometry* 35 (2), Oxford, 169-184.
- PASCUAL, I. (1998): Producciones helenísticas de engobe rojo en Sagunto, *RAP* 8, 87-106.
- PEREIRA, J.; CHAPA, T.; MADRIGAL, A.; URIARTE, A.; MAYORAL, V. (2004): *La necrópolis ibérica de Galera (Granada). La colección del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid.
- PRESEDO, F. (1982): *La necrópolis de Baza*, EAE 119.
- RAMBLA, J. A.; CISNEROS, M. I. (2000): Un depósito excepcional de materiales del siglo IV a.C. en Granada, *Revista de Arqueología* 235, 42-49.
- RAMBLA, J. A.; SALADO, J. B. (2002): Hallazgos de época ibérica y musulmana junto a la Alcaicería de Granada, *AAA*, 1999/III, 175-185.
- ROLLEY, C. (2003): *La tombe princière de Vix*, Paris.
- ROUILLARD, P.; DE LA TORRE, I. (2014): Les coupes à tige attiques de Zacatín (Grenade); premières réflexions sur un lot de vases du IVe s. av. J.-C., *Bastetania*, 2, 1-14.
- RUFETE, P. (1989): La cerámica con barniz rojo de Huelva, *Tartessos: Arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir* (M. E. Aubet, coord.), 375-394.
- SCHUBART, H. (2002-2003): Platos fenicios de occidente, *Lucentum* 21-22, 45-62.
- SPARKES, B. A.; TALCOTT, L. (1970): *Black and plain pottery of the 6th, 5th and 4th centuries B.C.*, Princeton-New Jersey.
- TORRE, I. DE LA (2008): Avance del estudio de materiales del depósito del Zacatín (Granada): aproximación cuantitativa y tipológica de la cerámica del depósito, *Ier Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana (Baza, 2008)* (A. M. Adroher, J. Blánquez, eds.), Serie Varia 9, vol. 2, 107-115.
- VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2006-2007): La vida social de la vajilla de bronce etrusca en el este de la Península Ibérica. Notas para un debate, *RAP* 16-17, 318-324.